

Gabriel Munhoz da Rocha

Los antecedentes psicológicos de la duda
cartesiana

S U M A R I O

El recuerdo de la madre. Despertar precoz. Gradación rememorativa. Descontento de la ciencia.

Las antinomias: de las lenguas; de las fábulas; de la historia; del arte; de las matemáticas; de la moral; de la teología; de la filosofía; de las profesiones; de la superstición.

El gran libro del mundo. Conclusión.

Un famoso escritor brasileño, que fué también un gran admirador de las virtudes chilenas, Joaquín Nabuco (1), en la monumental biografía que escribió de su padre, estampó esta observación de profunda psicología:

“La pérdida de la madre en la infancia es un acontecimiento fundamental de la vida, de ésos que transforman al hombre, incluso cuando él no tiene conciencia de la conmoción” (2).

Así debe de ser. A la gestación biológica, preliminar, síguese otra, psicológica, en la que el hijo está prendido al corazón de la madre; mucho más importante por los valores que desenvuelve, y mucho más lenta, prolongándose, ventajosamente, hasta la mayoría. Profundo sacudimiento ése de crecer separado del amor materno.

El huérfano de madre vive en el hogar, sin los lazos del hogar. No digo que no sea en él profunda la impresión de la familia. Es aun más profunda que en los otros. Es consciente, pensada; mientras que en los otros es espontánea, despreocupada, natural como el aire que se respira y obre el cual no se piensa. No es que salga de casa como un hijo pródigo: puede ser que ni siquiera salga de casa. Lo que le falta es el centro de gravedad materno; y por eso desde muy pronto, desde los primeros albores de la fantasía, se adentra en la grande gravitación del mundo, en donde vive entonces la lucha de los astros.

La civilización brasileña, y, puédesse decir, la historia del mundo, han sentido la influencia de esa psicología libre y solitaria de la orfandad. En cuanto al Brasil, Joaquín Nabuco llegó a afirmar:

“En nuestra política y en nuestra sociedad por lo menos, ésta ha sido la regla: son los huérfanos. los abandonados, quienes vencen en la lucha, se elevan y gobiernan” (3).

(1) Cfr. *Balmaceda*; en *Obras Completas*, IPE, 1949, vol. I.

(2) *Um Estadista do Imperio*; ed. cit., vol. III, p. 8.

(3) *Um Estadista do Imperio* ed. cit., vol. III, p. 8.

¿Estas reflexiones no explican, en su primera génesis, el caso Descartes?

Renato Descartes fué un niño precoz, un huérfano de madre, con todas las resonancias onerosas que lleva consigo tal situación. Fué un ausente, aún antes de alejarse de la familia, a los ocho o diez años, para ingre ar al Colegio Real de la Flèche.

Hay una sola referencia a la Madre, en toda su obra. Aparece en la correspondencia con la princesa Isabel y está ligada a la idea de enfermedad:

J'avais hérité d'elle une toux sèche et une couleur pâle que j'ai gardée jusqu'à l'âge de plus de vingt ans, et qui faisait que tous les médecins qui m'ont vu avant ce temps-là me condamnaient à mourir jeune. Mais je crois que l'inclination que j'ai toujours eue à regarder les choses qui se présentaient, du biais qui me les pouvait rendre les plus agréables, et à faire que mon principal contentement ne dépendît que de moi seul, est cause que cette indisposition qui m'était comme naturelle s'est peu à peu entièrement passée (1).

El recuerdo de la madre, a la que Descartes perdió cuando tenía apenas un año de edad, acompaña por más de veinte años la experiencia de una pesada carga hereditaria, de que Descartes se esfuerza por librarse. El mismo lapso nos muestra al huérfano de madre salvándose a sí mismo del abandono interior: "et à faire que mon principal contentement ne dépendît que de moi seul".

Viajó la vida entera. Se puede decir que los ocho años de estudios con los jesuitas fueron su más largo período de fijeza espacial. No está quieto ni siquiera en su desierto de Holanda (2). Y en el fin de su vida, fin imprevisto, debemos pensar que no fué sólo la reina María Cristina. con las posibilidades de divulgación para su filosofía, quien lo decidió a partir para Suecia; era también el filósofo viajero, que se sentía impelido hacia el país de los osos y de los hielos eternos.

La filosofía fué la beneficiaria de la orfandad cartesiana. Despierta desde muy pronto, la inteligencia de Descartes trabajó intensamente. Un niño que piensa. La doctrina de las ideas innatas, una de las más características de la psicología cartesiana, puede muy bien haber encontrado en la frescura de esas luces matinales una de las más fuertes razones para ser afirmada.

(1) Ed. Adam-Tannery, IV, 218-221; cfr. Chevalier, *Descartes* (2), p. 29.

(2) Cfr. Chevalier, ob. cit., p. 61.

La infancia y la juventud jamás serán olvidadas por el filósofo adulto, que les atribuyó toda la extraordinaria importancia que habían tenido de hecho en la formación definitiva de su pensamiento. Tres pasajes merecen especialmente, en cuanto a esto, nuestra atención: dos en el *Discours de la Méthode* y uno en las *Meditationes de Prima Philosophia*.

En efecto, escribió desde las primeras líneas del *Discours*:

Mais je ne craindrai pas de dire que je pense avoir eu beaucoup d'heur de m'être rencontré *dès ma jeunesse* en certains chemins qui m'ont conduit à des considérations et des maximes, dont j'ai formé une Méthode par laquelle il me semble que j'ai moyen d'augmenter par degrés ma connaissance, et de l'élever peu à peu au plus haut point auquel la médiocrité de mon esprit et la courte durée de ma vie pourront permettre d'atteindre (1).

El Método, que es la pupila de los ojos para Descartes, representa para el filósofo de cuarenta años una laboriosa adquisición que data de los años de meditación juvenil. Jeunesse tiene en el contexto, que es una introducción a la autobiografía del *Discours*, un sentido muy amplio, que alcanza hasta los primeros años de estudio escolar (2).

Y el filósofo pasará luego a hablarnos de esos caminos, "en certains chemins", andados con seriedad en el clarear de la vida, comenzando con la evocación a la que, por el relato de la gran decepción que se le sigue, podemos dar un tono doliente:

J'ai été nourri aux lettres *dès mon enfance*, et pour ce qu'on me persuadait que, par leur moyen, on pouvait acquérir une connaissance claire et assurée de tout ce qui est utile à la vie, j'avais un extrême désir de les apprendre (3).

Esa extraordinaria receptividad intelectual de un niño de ocho o diez años, al entrar al colegio, supone necesariamente una vida mental pre-escolar ya muy desarrollada. Tenía, pues, razón el Consejero de Rennes, si debemos creer a Baillet, en llamar a su Renato "su pequeño filósofo". El pequeño filósofo tendrá, en La Flèche, ocasión de expandirse.

La claridad de pensamiento no es, ni nadie jamás pretendió que lo fuera, un privilegio de la inteligencia cartesiana. Es una exigencia de la inteligencia universal. Pero la inteligencia cartesiana desde muy temprano pidió y esperó, o le prometieron y ella esperó, prometiéronle y ella comprendió el valor de la promesa, un conocimiento claro y cierto de todo lo que es útil a la vida.

(1) *Discours de la Méthode; Texte et Commentaire* par E. Gilson, 1947, p. 3.

1. 3.

(2) E. Gilson, en ed. cit., del *Discours . . .*, p. 92.

(3) *Discours de la Méthode*; ed. cit., p. 4, l. 21.

El texto sugiere que el niño recibió de los jesuitas una concepción utilitaria de los estudios, concepción que el muchacho aceptó y que fue un estímulo para que se aplicara a ellos.

Esa mirada reflexiva sobre las exigencias y las finalidades de la vida intelectual ya es una preocupación filosófica. En las escuelas de los jesuitas del siglo XVII se respiran las razones de las cosas. La filosofía no es una especialidad, sino que ocupa nada menos que tres años del curso común, posición privilegiada que mantiene aun hoy en los cursos seminarísticos.

La claridad y seguridad de las ideas fascinaba al colegial Descartes, filósofo por vocación.

La orientación práctica del conocimiento humano será para el revolucionario de ideas que es Descartes, una inspiración, un fondo psicológico constituido en la infancia y que no puede ser puesto en duda sin que decaiga la propia voluntad de dudar. La filosofía será para Descartes:

Une parfaite connaissance de toutes les choses que l'homme peut savoir, tant pour la conduite de sa vie que pour la conservation de sa santé et l'invention de tous les arts (1).

La comodidad, la salud y la virtud son tres exigencias que manejan toda la curiosidad de saber. Mecánica, Medicina y Moral son tres expansiones necesarias y naturales, como tres ramas, de la ciencia teórica:

Ainsi toute la philosophie est comme un arbre, dont les racines sont la métaphysique, le tronc est la physique, et les branches qui sortent de ce tronc sont toutes les autres sciences, qui se réduisent à trois principales, à savoir la médecine, la mécanique et la morale (2).

Descartes, desde la infancia, "dès mon enfance", en la grande gravitación del mundo, emprende nada menos que el dominio de las tres naturalezas, la mineral, la biológica, la intelectual.

En el umbral de las *Meditationes de Prima Philosophia*, el segundo libro en importancia, inmediatamente después del *Discours de la Méthode*, dentro de la obra cartesiana, Descartes escribió:

Il y a déjà quelque temps que je me suis aperçu que *dès mes premières années* j'avais reçu quantité de fausses opinions pour véritables, et que ce que j'ai depuis fondé sur de principes si mal assurés, ne pouvait être que fort douteux et incertain; de façon qu'il me fallait entreprendre sérieusement une fois en ma vie, de me défaire de toutes les opinions que j'avais reçues jusques alors en ma créance, et commencer tout

(1) *Les Principes de la Philosophie*; trad. franc. de Picot, revisada por Descartes; en ed. de las Obras Filosóficas de Descartes, de A. Garnier, 1835, I, 181.

(2) *Les Principes de la Philosophie*; ed. cit., p. 192.

de nouveau dès les fondements, si je voulais établir quelque chose de ferme et de constant dans les sciences (1).

Estamos delante de la grande duda cartesiana, cuya eclosión pretendemos explicar por el estudio de sus antecedentes psicológicos. Los primeros años de vida mental, siempre presentes a la reflexión cartesiana, no podían dejar de ser recordados en ese momento crucial, y es en función de ellos cómo, expresamente, se afirma deber destruir universalmente todo el mundo cognoscitivo adquirido: “et quam dubia sint quaecumque istis postea superextruxi”. Es, por lo tanto, un período fundamental para el estudio de los antecedentes psicológicos de la duda cartesiana.

Los *primeros años* aludidos en el trozo de las *Meditationes* comprenden más que los primeros años de estudio: se remontan hasta las primeras impresiones y docilidades de la infancia. El verdadero significado de la expresión “dès mes premières années” nos lo da el siguiente pasaje del *Discours de la Méthode*:

Et ainsi encore je pensai que, pour ce que nous avons tous été enfants avant que d'être hommes, et qu'il nous a fallu longtemps être gouvernés par nos appétits et nos précepteurs, qui étaient souvent contraires les uns aux autres, et qui, ni les uns ni les autres, ne nous conseillaient peut-être pas toujours le meilleur, il est presque impossible que nos jugements soient si purs, ni si solides, qu'ils auraient été si nous avions eu l'usage entier de notre raison dès le point de notre naissance, et que nous n'eussions été conduits que par elle (2).

La infancia, fase obligada de nuestra condición humana, es objeto de pesar para el soldado Descartes, bien abrigado en el *poêle* alemán (+). ¿Qué puede la imagen de una simple nodriza, contra las exigencias de una razón que pide a la infancia cuentas por su natural insuficiencia? La infancia es un período sospechoso, que está contaminando toda la vida racional. Y el caballero andante de la certeza embiste, sin contemplaciones, contra las tinieblas infantiles.

Ese veredicto de la razón contra la infancia es ejecutado seriamente. Dirá el filósofo, en el trozo citado de sus *Meditaciones* muy metafísicas, que desde sus primeros años, “ineunte aetate”, esto es desde el nacimiento, como lo aclara el texto paralelo del *Discours*, “dès le point de notre naissance”, se había dejado imbuir de falsedades, motivo por el cual “funditus omnia semel in vita esse evertenda”.

(1) *Méditations touchant la Première Philosophie*; ed. cit. biling., p. 18.

(2) *Discours de la Méthode*; ed. cit., p. 4, l. 1.

(+) *Poêle*, así en francés en el original; alude al “*poêle*”, sala calentada con estufa, de que habla Descartes al comienzo de la Segunda Parte del *Discours de la Méthode*. (Nota del trad.).

Hay una gradación rememorativa perfecta en los trozos citados, según el orden en que fueran escritos por el autor: *Dès ma Jeunesse, dès mon enfance (Discours)*, *dès mes premières années (Meditationes)*.

Si la infancia preescolar fué traída al tribunal de la razón por un fervor, digámoslo así, revolucionario, los años escolares, por el contrario, fueron juzgados por culpabilidades verificadas. El alumno de los jesuítas declara con una franqueza perfecta que su decepción fué completa:

Mais, sitôt que j'eus achevé tout ce cours d'études, au bout duquel on a coutume d'être reçu au rang des doctes, je changeai entièrement d'opinion. Car je me trouvais embarrassé de tant de doutes et d'erreurs, qu'il me semblait n'avoir fait autre profit, en tâchant de m'instruire, sinon que j'avais découvert de plus en plus mon ignorance (1).

E. Gilson ve en la expresión cartesiana "sinon que j'avais découvert de plus en plus mon ignorance" una alusión a la fórmula de Sócrates: "Sólo sé que nada sé" (2). Sea como fuere, es cierto que Descartes no tenía en esa ocasión el espíritu de Sócrates. Sócrates hacía profesión de ignorancia para confundir a los sofistas. La ignorancia de Descartes venía de otro origen: era el estado aflictivo de la inteligencia que había gastado una década de penosos estudios y había hecho el triste balance de una completa falencia.

No es posible que sólo después de terminados los estudios, Descartes comenzase a estar descontento de la ciencia que había aprendido. Ese descontento necesariamente principió en La Flèche, para que inmediatamente de terminado el currículo escolar pudiera tener la conciencia global de su entera desilusión. Puede, por tanto, suponer con seguridad, que apenas los profesores le instruían el espíritu, el niño y el adolescente discurría las antinomias del saber que iba adquiriendo. No sólo las razones favorables a la enseñanza de La Flèche son recuerdos escolares, sino también las razones contrarias. Por eso es posible trazar, en sus líneas generales, la evolución real de esa torturante insatisfacción, que culminó en la más completa negación de todo el pasado cultural de la humanidad.

H. Gouhier pretende que la vida de Descartes se abre para la historia a partir del invierno 1618-1619, época de sus primeras cartas. Pero la primera parte del *Discours de la Méthode*, deliberadamente autobiográfica, como las demás, precisamente es la narración de una fase anterior a aquel

(1) *Discours . . .*; ed. cit., p. 4, l. 25.

(2) E. Gilson, en ed. cit., del *Discours . . .*, p. 109.

invierno (1). Pues bien, en esa primera parte está aquello que más esclarece la vida y el pensamiento de Descartes: los antecedentes psicológicos de la grande duda metódica. Sin la primera parte del *Discours*, a que nos limitamos en esta conversación, Descartes no podrá ser comprendido. Y una de sus principales revelaciones es la de las *antinomias* del joven Descartes.

Se pueden contar hasta diez de esas antítesis, que precedieron de cerca la duda metódica del filósofo, y que pasaré a estudiar.

La antinomia de las lenguas:

Je savais que les langues sont nécessaires pour l'intelligence des livres anciens (2).

Descartes había aprendido el latín tan bien que pudo escribir, como escribió, las *Meditationes de Prima Philosophia*. También conocía el griego.

Mais je croyais avoir déjà donné assez de temps aux langues, et même aussi à la lecture des livres anciens, et à leurs histoires, et à leurs fables (3)

El hecho de haber dado mucho tiempo al latín y al griego no induce a nadie a un tormento de análisis interior. Si además leyó mucho los libros antiguos, sus historias y sus fábulas, tanto mejor. Sin embargo, sólo por un motivo racional, debidamente ponderado, podía Descartes excluir de sus ocupaciones de entonces el trato con los antiguos, de cuyo tesoro literario y científico las lenguas nos proporcionan las llaves. La razón es la dama del joven Descartes.

Car c'est quasi le même de converser avec ceux des autres siècles, que de voyager. Il est bon de savoir quelque chose des moeurs de divers peuples, afin de juger des nôtres plus sainement, et que nous ne pensions pas que tout ce qui est contre nos modes soit ridicule, et contre raison, ainsi qu'ont coutume de faire ceux qui n'ont rien vu. Mais lorsqu'on emploie trop de temps à voyager, on devient enfin étranger en son pays; et lorsqu'on est trop curieux des choses qui se pratiquaient aux siècles passés, on demeure ordinairement fort ignorant de celles qui se pratiquent en celui-ci (4).

Esa argumentación suena como un himno al buen sentido. El buen sentido del hombre *hic et nunc*, y que sabe distinguir lo esencial de lo accidental. Pero el buen sentido cartesiano está al servicio de una impresionante meticulosidad racional. La diversidad de costumbres, cuyo conoci-

(1) H. Gouhier, *La pensée Religieuse de Descartes*, 1924, p. 42; *Discours . . .*, ed. cit., p. 4, 1. 2.

(2) *Discours . . .*; ed. cit., p. 5, 1. 20.

(3) *Discours . . .*; ed. cit., p. 6, 1. 17.

(4) *Discours . . .*; ed. cit., p. 6, 1. 19.

miento aquí es alabado, tendrá un importante papel en el aislamiento progresivo de Descartes.

La antinomia de las fábulas:

Que la gentillesse des fables réveille l'esprit (1).

La imaginación alimentada por la gracia de las fábulas despierta suavemente la inteligencia.

Outre que les fables font imaginer plusieurs événements comme possibles qui ne le sont point (2).

La constante preocupación racional de exactitud encuentra también esta razón particular, además de la general señalada en la antinomia de las lenguas, en contra de las fábulas de los antiguos. Falsean la inteligencia. La riqueza imaginativa que le dieran tuvo por precio un grave defecto.

Fábulas son principalmente los apólogos morales de Esopo y Fedro. Pero comprenden también toda narración de carácter ficticio, como nos advierte E. Gilson (3). Lo que atenúa lo extraño de la antinomia: hacen imaginar como posible un acontecimiento que no lo es. ¿Qué mal hay en imaginar un diálogo entre el lobo y el cordero? Pero las narraciones mitológicas del tipo de las metamorfosis de Ovidio ya nos transportan a un mundo más ilusorio. Esopo y Fedro explotaban el fondo imaginativo común de nuestra naturaleza sensible. Ovidio, por el contrario, sirvióse de la imaginación pagana greco-romana, exaltada nuevamente por los humanistas del Renacimiento. Aun así, sus historias eran tan plausibles a la inteligencia occidental cristiana como los animales que hablan.

Felizmente el escrúpulo de Descartes no impidió que en la Francia del siglo XVII floreciera el genio fabulista de La Fontaine, joven de 16 años cuando la publicación del *Discours de la Méthode*. Y el propio Descartes no se desdeñó de presentar el libro de 1637 como una fábula (4).

La imaginación es una facultad tremendamente cartesiana. En el proceso de la grande duda ella aparece como algo incontrolable, y es una sorpresa el ver al héroe de la razón enredado en esas telas finísimas.

La antinomia de la historia:

Que les actions mémorables des histoires le relèvent, et qu'étant lues avec discrétion, elles aident à former le jugement (5).

(1) *Discours* . . . ; ed. cit., p. 5, l. 22.

(2) *Discours* . . . ; ed. cit., p. 6, l. 31.

(3) E. Gilson, en ed. cit., del *Discours* . . . , p. 111.

(4) *Discours* . . . ; ed. cit., p. 4, l. 15.

(5) *Discours* . . . ; ed. cit., p. 5, l. 23.

La historia es un alimento más nutritivo que la fábula: ésta “réveille l'esprit”; aquélla “le relève”. La gradación es perfecta. Dos utilidades nos proporcionan los libros de historia: aprendemos a ser magnánimos, a concebir, llevados por la fuerza de los grandes ejemplos, grandiosos proyectos; y, lo que es más, aprendemos a vivir: que la historia es gran maestra de la vida.

La historia debe ser leída con discernimiento. Descartes pide aun más que eso: “avec discrétion”, es decir —comenta Gilson— con moderación y discernimiento (1).

Sea el que fuere nuestro juicio acerca de las antinomias escolares cartesianas, no hay duda de que los confeccionadores de programas tienen mucho que aprender en las “consideraciones relativas a las ciencias”:

Et que même les histoires les plus fidèles, si elles ne changent ni n'augmentent la valeur des choses, pour les rendre plus dignes d'être lues, à moins en omettent-elles presque toujours les plus basses et moins illustres circonstances: d'où vient que le reste ne paraît pas tel qu'il est, et que ceux qui règlent leurs mœurs par les exemples qu'ils en tirent, sont sujets à tomber dans les extravagances des paladins de nos romans et à concevoir des desseins qui passent leurs forces (2).

Una vez más, esa aguda razón cartesiana hace brotar un chorro de buen sentido. Corregida la preocupación encomiástica de la historia, todavía persiste una casi imposibilidad de que los historiadores sean objetivos. Pecados de omisión van a falsear peligrosamente la realidad.

No hay que esperar más de los libros de historia: es la conclusión tácita de ese austero pensador, que, por lo mismo, los cierra.

Es natural al hombre el querer siempre ver dónde pisa. Esta exigencia racional de seguridad, que en Descartes es extrema, lo aparta de los estudios que solamente nos pueden ofrecer una certeza moral.

La imaginación, que es poderosa en Descartes, fácilmente se extravía en esos reinos de las excepciones, de los promedios, de la credibilidad. La razón le opone, la razón cartesiana, el contraste de lo absoluto. El “mal espíritu”, “genium malignum”, “mauvais génie”, de Descartes, no fué, como dijo V. Cousin, la geometría, sino la imaginación. Una imaginación de huérfano. La pasión deductiva de Descartes tiene un significado psicológico reaccional.

(1) E. Gilson, en ed. cit. del *Discours . . .*, p. 112.

(2) *Discours . . .*; ed. cit., p. 7, l. 1.

La antinomia del arte:

Que l'éloquence a des forces et des beautés incomparables; que la poésie a des délicatesses et des douceurs très ravissantes (1).

El alma de Descartes no tiene la frialdad calculada de un espíritu geométrico. Descartes se conmueve y se entenece, como los más finos espíritus. Sabe apreciar el arte.

Oradores y poetas pueden ufanarse de las alabanzas de ese grande espíritu a las artes de su elección. El filósofo ni siquiera se contenta con sus expresiones; tiene la preocupación de engrandecer, antes de proscribir, el estudio de la retórica y del arte poética:

“J'estimais fort l'éloquence, et j'étais amoureux de la poésie” (2).

Pero prosigue:

Mais je pensais que l'une et l'autre étaient des dons de l'esprit, plutôt que des fruits de l'étude. Ceux qui ont le raisonnement le plus fort, et qui digèrent le mieux leurs pensées, afin de les rendre claires et intelligibles, peuvent toujours le mieux persuader ce qu'ils proposent, encore qu'ils ne parlent que bas breton, et qu'ils n'eussent jamais appris de rhétorique. Et ceux qui ont les inventions les plus agréables, et qui les savent exprimer avec le plus d'ornement et de douceur, ne laisseraient pas d'être les meilleurs poètes, encore que l'art poétique leur fût inconnu (3).

No será la sistematización didáctica de la retórica y del arte poética, piensa Descartes, la que conseguirá hacer perfectos oradores y grandes poetas, de aquellos que no poseen en sí mismos los dones naturales de la elocuencia y de la poesía. Es indiscutible el desdén cartesiano por la disciplina del arte. Sin ninguna retórica, los hombres pueden ser los mejores oradores. Desconociendo todas las reglas de la poesía, los hombres pueden ser los más agradables poetas.

J. Maritain, en nuestros días, inspirándose en esa Escolástica tan combatida por Descartes, iluminó, según mi modo de ver, con una luz clarísima el problema de la naturalidad de los dones artísticos y de las reglas del arte (4). Las reglas del arte no valen como una realidad exterior, sino que forman, por una apropiación vital, un “hábito” artístico. Éste representa un desenvolvimiento adquirido, disciplinado, del don natural, presupuesto como una semilla en espera de germinación.

La supervaloración cartesiana de la naturalidad de los dones artísticos, considerados como suficientes, importa ya una concepción determinada so-

(1) *Discours . . .*; ed. cit., p. 5, l. 30.

(2) *Discours . . .*; ed. cit., p. 7, l. 11.

(3) *Discours . . .*; ed. cit., p. 7, l. 12.

(4) J. Maritain, *Art. et Scholastique* (4), p. 57.

bre el fondo nativo de nuestra naturaleza. Su vida mental comienza aún por una aceptación instintiva, animada, de las riquezas primitivas, necesarias, que fluyen espontáneamente de la inteligencia, de donde se ha de extraer la verdad que satisfaga. Creció después en el culto de la inteligencia, hasta el punto de parecernos un supersticioso de la razón.

La antinomia de las matemáticas:

Que les mathématiques ont des inventions très subtiles, et qui peuvent beaucoup servir, tant à contenter les curieux, qu'à faciliter tous les arts et diminuer le travail des hommes (1).

No son muy lisonjeras las razones aducidas en favor de las matemáticas. De esta antinomia en adelante, los pros son cada vez más frágiles. Al historiar a Descartes, el caso Descartes, evitemos las faltas de omisión, contra las cuales nos pone en guardia. Descartes comienza a hacer aquí un poco de demagogia. No es un político. Pero tiene pasta de reformador.

La primera razón en favor de las matemáticas de los maestros, no pasa de ser una superfetación: el contentamiento de los curiosos, "tant à contenter les curieux" (2). La segunda, sí, es más digna de la ciencia, indica los méritos reales de las matemáticas.

Je me plaisais surtout aux mathématiques, à cause de la certitude et de l'évidence de leurs raisons; mais je ne remarquais point encore leur vrai usage, et, pensant qu'elles ne servaient qu'aux arts mécaniques, je m'étonnais de ce que, leurs fondements étant si fermes et si solides, on n'avait rien bâti dessus de plus relevé (3).

Las matemáticas eran, como Descartes lo confiesa explícitamente, la ciencia de su predilección. Pero esa complacencia era debida a una razón totalmente diversa de las ya indicadas: a la certeza y a la evidencia de las demostraciones. ¿Por qué antes no había colocado esa evidencia generadora de certeza, entre los pros del estudio de las matemáticas, a pesar de ser cierto que era proclamada por los maestros de la época?

Al entrar al colegio, el niño Descartes ya ambicionaba conocimientos claros y ciertos de las cosas, "une connaissance claire et assurée". El deseo despierto de esa claridad bien fundada quedará a la expectativa. Las letras propiamente dichas no le habían dado, como no podían dar, una certeza demostrativa de las cosas. La evidencia matemática fué una sorpresa para su alma de filósofo.

Descartes tiene un sentimiento indefinido de su singularidad. Los otros, maestros y discípulos, estimaban las matemáticas por sus inven-

(1) *Discours . . .*; ed. cit., p. 6, l. 1.

(2) Cfr. Gilson, ed. cit., del *Discours . . .*; p. 115.

(3) *Discours . . .*; ed. cit., p. 7, l. 24.

ciones sutiles, por las aplicaciones que economizan trabajo humano en las faenas, y también, indudablemente, por la evidencia y certeza de las demostraciones. Pero esto no hace falta decirlo, porque en ellos esa evidencia es inoperante, los deja satisfechos con el estado actual, muy mediocre, de las cosas. Mientras que él, Descartes, es fascinado por la evidencia matemática, le da todo su valor, y, aunque no pudiera entonces romper el estrecho círculo de hierro de las aplicaciones mecánicas, tiene la profunda intuición de otras más nobles aplicaciones.

No es el momento de verificar cuál es el verdadero papel atribuido por Descartes a las matemáticas en nuestra vida mental, "leur vrai usage", o las nuevas ampliaciones construídas sobre tan sólidos fundamentos. La geometría analítica de invención cartesiana fué bien pronto sobrepasada por el cálculo infinitesimal. La matematización actual de las ciencias está en la línea de los descubrimientos e ideas cartesianos. Sin embargo, no se debe exagerar, como se acostumbra, el matematismo de Descartes. Las matemáticas, en Descartes mismo, no son la suprema revelación. La primera verdad absolutamente indubitable, el "Cogito, Ergo Sum", que le valió, desde la infancia, toda una epopeya mental, no es una verdad matemática. La certeza metafísica es para Descartes superior a la certeza matemática (1).

Pero si la evidencia matemática no es, en el pensamiento cartesiano, una culminación absolutamente tal, fué sin embargo históricamente la primera revelación de una certeza apaciguadora para su inteligencia de atormentado.

La antinomia de la moral:

Que les écrits qui traitent des moeurs contiennent plusieurs enseignements et plusieurs exhortations à la vertu qui sont fort utiles (2).

La Etica era enseñada en La Flèche como parte de la filosofía, distinguida de la moral revelada. No era, sin embargo, únicamente la razón la que se empleaba en el curso. Permitíanse ampliaciones literarias que exhortasen a la virtud (3). Descartes encontró en la moral natural, tal como era enseñada, muchas cosas útiles.

Comme au contraire, je comparais les écrits des anciens paiens, qui traitent des moeurs, à des palais fort superbes et fort magnifiques qui n'étaient bâtis que sur du sable et sur de la boue. Ils élèvent fort haut les vertus, et les font paraître estimables

(1) *Meditationes de Prima Philosophia*; ed. cit., p. 26, l. 18 y p. 69, l. 3.

(2) *Discours . . .*; ed. cit., p. 6, l. 6.

(3) Cfr. Gilson, ed. cit., del *Discours . . .*; p. 116.

pardessus toutes les choses qui sont au monde; mais il n'enseignent pas assez à les connaître, et souvent ce qu'ils appellent d'un si beau nom, n'est qu'une insensibilité, ou un orgueil, ou un désespoir, ou un parricide (1).

Situación opuesta a la de las matemáticas, en las que eran firmes los cimientos y modestas las construcciones; y lo que daba firmeza a estos cimientos era la certeza y la evidencia de las demostraciones. La fragilidad de los fundamentos en moral no significa otra cosa sino ausencia de razones ciertas y evidentes.

La elocuencia con que Descartes ataca la moral de los antiguos manifiesta su emoción. Dar a las construcciones morales la firmeza de que carecen será un ideal sublime, que él ni se atreve a decir que puede hacerlo realidad.

La moral es una de las tres exigencias cartesianas, que dirigen toda la curiosidad intelectual. Y hasta es la principal de las tres. Es posible que al publicar el *Discours* todavía no estuvieran bien definidas sus ideas acerca de la moral. No por eso deja de ser ella una inspiración permanente de su pensamiento. En la primera parte del *Discours* escribe:

Et j'avais toujours un extrême désir d'apprendre à distinguer le vrai d'avec le faux, pour voir clair en mes actions, et marcher avec assurance en cette vie (2).

La antinomia teológica:

Que la théologie enseigne à gagner le ciel (3).

Sea el que fuere nuestro concepto de la teología, "Salva tu alma" es el grito de alarma que constantemente llega a nuestros oídos, la exigencia que sostiene todo el trabajo teológico, la esencia misma de la teología vista en su mayor profundidad. ¿De qué sirve una teología que no nos enseñe pura y simplemente a llegar al cielo?

Je révérais notre Théologie, et prétendais, autant qu'aucun autre, à gagner le ciel; mais ayant appris, comme chose très assurée, que le chemin n'en est pas moins ouvert aux plus ignorants qu'aux plus doctes, et que les vérités révélées, qui y conduisent, sont audessus de notre intelligence, je n'eusse osé les soumettre à la faiblesse de mes raisonnements, et je pensais que, pour entreprendre de les examiner et y réussir, il était besoin d'avoir quelque extraordinaire assistance du ciel, et d'être plus qu'homme (4).

La brevedad de los prosteológicos no nos engañe haciéndonos imaginar a Descartes como a un católico lánguido, distante de la fe y el fervor.

(1) *Discours* . . . ; ed. cit., p. 7, l. 30.

(2) *Discours* . . . ; ed. cit., p. 10. l. 9. Y Pierre Mesnard, *Essai sur la Morale de Descartes*, 1936, p. 44.

(3) *Discours* . . . ; ed. cit., p. 6, l. 7.

(4) *Discours* . . . ; ed. cit., p. 8, l. 8.

Por ser la fe una realidad para Descartes, la teología no le podía enseñar otra cosa que el camino del cielo. Por ser grande su fervor, no sólo reverenciaba la teología, sino que lo hacía con ternura filial: "Je révérais *notre Théologie*". *Notre*, un adjetivo de posesión.

Los contras teológicos han escandalizado más de una conciencia católica. Es un pasaje que debe ser leído muchas veces (1). La antinomia teológica es una tregua entre dos fuegos: la antinomia de la moral y la antinomia filosófica. La expresión es ahí nerviosa. El asunto, muy grave. La Duda que hace su paseo triunfal por los diversos ramos del saber, tuvo de repente que contraerse y dar lugar a la Fe. Fe perfecta, plenamente vencedora.

No basta admitir con H. Gouhier que las últimas palabras del texto se aplican al Papa y a los Concilios (2). Es preciso explicar además la energía de las expresiones.

E. Gilson observa que Descartes manifiesta una tendencia a reducir la ciencia teológica a la simple fe (3). Sería, sin embargo, tan falso deducir, por esa aparente disminución, que Descartes es antiteológico, como el concluir de la antinomia precedente, que es inmoralista. La sistematización racional de la teología, sistematización escolástica, parece a Descartes, como los palacios de la moral, una construcción sin base. Las dos antinomias son dependientes de la que sigue (4).

Que la filosofía cartesiana venga también a proporcionar a las construcciones teológicas una base granítica es un ideal tan elevado que ni llega a ser, como lo fué la moral, siquiera una inspiración. El desenvolvimiento de la filosofía cartesiana mostró, sin embargo, que no sólo la moral, esparcida en la correspondencia con Isabel y Cristina (5), corona el pensamiento cartesiano, sino también la teología puede encontrar en ella su verdadera "ancilla", mejor de lo que lo fué la filosofía escolástica (6). Descartes, por lo menos, así lo pensaba.

La antinomia filosófica:

Que la philosophie donne moyen de parler vraisemblablement de toutes choses, et de se faire admirer des moins savants (7).

(1) Cfr. H. Gouhier, ob. cit., p. 244.

(2) Gouhier, ob. cit., p. 245.

(3) Gilson, ob. cit., p. 117.

(4) Cfr. Gilson, en ed. cit., del *Discours . . .* ; p. 139.

(5) Pierre Mesnard, ob. cit., p. 45.

(6) Gouhier, ob. cit., p. 236 y siguientes.

(7) *Discours . . .* ; ed. cit., p. 6, l. 8.

Es aquí manifiesta la demagogia de Descartes. Refiere las razones de la estimación que consagraba a los ejercicios practicados en las escuelas (1): “Je savais . . . que la philosophie . . .” Son más bien propias para inspirar desestima, las razones que aduce, en lo que concierne a la filosofía. La filosofía de La Flèche podía ser inaceptable, pero ciertamente era presentada como verdadera y no sólo como probable. Es que Descartes se refiere especialmente a las *disputations*, consideradas instrumentos preciosos de estudio filosófico y teológico (2). De ellos, Descartes mira únicamente los abusos. ¿Por qué?

Criticando las brillantes simplificaciones de Espinas, H. Gouhier observó que:

Un écolier ordinaire est peut-être tout d'une pièce: soumis ou révolté; un Descartes est à la fois respectueux et libre (3).

Un alumno extraordinario, como raramente aparece en los colegios. En las tres primeras antinomias relativas a las lenguas, a las fábulas, a las historias, la indocilidad de espíritu que podemos descubrir en él no es muy grande. Todavía era un niño. La utilidad de las letras es bien comprendida; y sus peligros, si bien descubren en su precocidad a una de esas personas, de que habla Kant, capaces de pensar por sí mismas (4), no dejan de ser más o menos reales. La indocilidad creció junto con el niño. La filosofía era ahora el objeto expreso de sus estudios y no ya únicamente una inclinación, un ambiente. Se encontraba con lo que había de más profundo en sus aspiraciones. Debía entonces explotar el misterio Descartes con todas sus baterías de dudas, con todas sus proclamaciones de certeza.

Estamos, pues, en donde era preciso llegar, en el punto culminante de las antinomias. No le era posible indicar otras razones de aprecio.

Je ne dirai rien de la philosophie, sinon que, voyant qu'elle a été cultivée par les plus excellents esprits qui aient vécu depuis plusieurs siècles, et que néanmoins il ne s'y trouve encore aucune chose dont on ne dispute, et par conséquent qui ne soit douteuse, je n'avais point assez de présomption pour espérer d'y rencontrer mieux que les autres; et que, considérant combien il peut y avoir de diverses opinions, touchant une même matière, qui soient soutenues par de gens doctes, sans qu'il y en puisse avoir jamais plus qu'une seule qui soit vraie, je réputais presque pour faux tout ce qui n'était que vraisemblable (5).

(1) *Discours . . .*; ed. cit., p. 5, l. 19.

(2) Cfr. Gilson, ed. cit., del *Discours . . .*; p. 135.

(3) Gouhier, ob. cit., p. 29.

(4) E. Kant, *Prolégomènes à toute Métaphysique Future*; trad. franc. J. Gibelin, 1941, p. 9.

(5) *Discours . . .*; ed. cit., p. 8, l. 18.

“Je ne dirai rien de...” La malicia es todavía hoy corriente y universal. La filosofía es precisamente el asunto de que más desea hablar.

Todo ese largo trozo puede reducirse a la siguiente argumentación: Se discute; luego es dudoso.

Argumentación frágil, que se resuelve en el argumento de autoridad, el último de los argumentos en las ciencias humanas. Ninguna evidencia hay en el raciocinio cartesiano.

Un juicio es verdadero o falso por la evidencia o contra-evidencia con que fué proferido, importando poco el número de opiniones sobre el objeto del juicio. La evidencia nos hace entrar en lo íntimo de las cuestiones. Descartes, paladín de la evidencia, se queda en el exterior, escandalizado por las discusiones.

La modestia es la más deliciosa de las virtudes. Pero jamás una virtud fué menos oportuna que esa modestia de Descartes al apagarse frente a los brillantes espíritus que no pueden ponerse de acuerdo: “je n’avais point assez de présomption pour espérer d’y rencontrer mieux que les autres”.

La filosofía, según lo que tales palabras significan, estaría definitivamente excluída de los pensamientos de Descartes, pues el texto no se aplica solamente a la filosofía escolástica, sino a toda filosofía: “voyant qu’elle (la philosophie) a été cultivé par les plus excellents esprits qui aient vécu depuis plusieurs siècles”.

Estaba efectivamente, eliminada de sus pensamientos la *Filosofía de los libros*. Esta es la que le parecía un mar bravío, en el que habían naufragado las mejores embarcaciones. Descartes se quedó en la playa sólida, recogiendo los despojos traídos por las olas, desconfiando cada vez más de las razones escritas de la inteligencia humana: “je réputais presque pour faux tout ce qui n’était que vraisemblable”.

La otra filosofía, la *Filosofía viva*, capaz de fundamentar la moral, las ciencias, la filosofía del *Discours de la Méthode*, todavía no la había descubierto. Pero ella está presente en su aspiración a una evidencia natural, no contaminada por la barahunda de las opiniones.

La antinomia de las profesiones:

Que la jurisprudence, la médecine et les autres sciences apportent des honneurs et des richesses à ceux qui les cultivent (1).

(1) *Discours* ed. cit., p. 6, l. 10.

Descartes se refiere ahora a las ciencias prácticas; y él, que las sobreestima, no puede sino dirigir la mirada hacia el exterior de las profesiones, a las que sirven esas ciencias.

Puis, pour les autres sciences, d'autant qu'elles empruntent leurs principes de la philosophie, je jugeais qu'on ne pouvait avoir rien bâti, qui fût solide, sur des fondements si peu fermes. Et ni l'honneur, ni le gain qu'elles promettent n'étaient suffisants pour me convier à les apprendre; car je ne me sentais point, grâces à Dieu, de condition qui m'obligeât à faire un métier de la science, pour le soulagement de ma fortune; et quoique je ne fisse pas profession de mépriser la gloire en Cynique, je faisai néanmoins fort peu d'état de celle que je n'espérais point pouvoir acquérir qu'à faux titres (1).

La ciencia postula la filosofía. Descartes, que es uno de los grandes inspiradores de la matematización de las ciencias, llevará sin embargo hasta la exageración el concepto aristotélico de ciencia como una implicación filosófica. No es por depender de la filosofía por lo que las construcciones científicas han de ser frágiles, sino porque la filosofía que las está fundamentando es la de las antinomias.

El derecho, en el que estaba formado, y la medicina, de la que también había hecho estudios, no le interesaban como profesiones. Siento la sinceridad de ese "grâces à Dieu". El Descartes histórico es un piadoso cristiano.

No tiene falsa humildad. Si la gloria no proviene de una impostura, podrá dilatar su corazón. El peregrino de Loreto sabrá dar gracias al Señor.

La antinomia de la superstición:

Et, enfin, qu'il est bon de les avoir (les sciences) toutes examinées, même les plus superstitieuses et les plus fausses, afin de connaître leur juste valeur et se garder d'en être trompé (2).

¿Será únicamente para conocerles el justo valor? Descartes se deja llevar por la atracción del misterio. Ya antes había escrito:

Et même, ne m'étant pas contenté des sciences qu'on nous enseignait, j'avais parcouru tous les livres, traitant de celles qu'on estime les plus curieuses et les plus rares, qui avaient pu tomber entre mes mains (3).

El segundo motivo que haría legítimo el examen de las supersticiones muestra la impresionabilidad del joven Descartes: "se garder d'en être trompé".

(1) *Discours* . . . ; ed. cit., p. 8, l. 30.

(2) *Discours* . . . ; ed. cit., p. 6, l. 13.

(3) *Discours* . . . ; ed. cit., p. 5, l. 4.

Et enfin, pour les mauvaises doctrines, je pensais déjà connaître assez ce qu'elles valaient, pour n'être plus sujet à être trompé, ni par les promesses d'un Alchimiste, ni par les prédictions d'un Astrologue, ni par les impostures d'un Magicien, ni par les artifices ou la vanterie d'aucun de ceux qui font profession de savoir plus qu'ils ne savent (1).

La razón cartesiana fué, en efecto, vigorosamente antisupersticiosa, como antiimaginativa. E. Gilson asevera que en toda su obra apenas si se encuentra una superstición manifiesta, en el *Compendium Musicae*, escrito en la juventud (2).

Hasta aquí hay una grandiosa introspección rememorativa y crítica. Esa prodigiosa mirada con la que escruta el pasado tenía por fin gobernar el presente.

C'est pourquoi, sitôt que l'âge me permit de sortir de la sujétion de mes précepteurs, je quittai entièrement l'étude des lettres (3).

Señor de sí mismo, era preciso saber lo que haría de la vida, que se le presentaba exuberante, en toda su ilimitada grandeza. El juicio a que se sometió fué, como acabamos de ver, prolongado, completo, grave, dramático. La sentencia me parece tremenda. Hay en ella mucho más que la condenación del eruditismo. Es toda una primera grande etapa que se concluye del encerramiento cartesiano, de su ruptura con la tradición, perpetuada en los monumentos escritos.

Va a comenzar otra grande fase de ese aislamiento portentoso y creador, que hace pensar en los orígenes paradisíacos y adamíticos del género humano.

El gran libro del mundo:

Et me résolvant de ne chercher plus d'autre science, que celle qui se pourrait trouver en moi-même, ou bien dans le grand livre du monde, j'employai le reste de ma jeunesse à voyager, à voir des cours et des armées, à frequenter des gens de diverses humeurs et conditions, à recueillir diverses expériences, à m'éprouver moi-même dans les rencontres que la fortune me proposait, et partout à faire telle réflexion sur les choses qui se présentaient, que j'en pusse tirer quelque profit (4).

La exuberancia misma del período gramatical muestra el fervor con que Descartes partió al encuentro de su destino. No vamos a leer con Descartes las páginas del gran libro del mundo, como con él estuvimos en el tribunal de las antinomias. "En moi-même, ou bien dans le grand livre

(1) *Discours . . .*; ed. cit., p. 9, l. 10.

(2) Gilson, ed. cit., del *Discours . . .*; p. 121.

(3) *Discours . . .*; ed. cit., p. 9, l. 17.

(4) *Discours . . .*; ed. cit., p. 9, l. 19.

du monde". Este importantísimo "moi-même", que es la llave de toda la filosofía cartesiana, ya se coloca explícitamente al lado del gran libro del mundo. Durante las antinomias, también estaba presente, pero sin hacerse anunciar. Activamente presente, presidiéndolas: fué él quien canceló la ciencia de los libros.

Il est vrai que, pendant que je ne faisais que considérer les moeurs des autres hommes, je n'y trouvais guère de quoi m'assurer, et que j'y remarquais quasi autant de diversité que j'avais fait auparavant entre les opinions des philosophes (1).

Así pues, el libro del mundo no tuvo mejor suerte que los libros de la escuela. El mundo era también una construcción sin base. Estaba preparado el rompimiento con el presente.

En sorte que le plus grand profit que j'en retirais, était que, voyant plusieurs choses qui, bien qu'elles nous semblent fort extravagantes et ridicules, ne laissent pas d'être communément reçues et approuvées par d'autres grands peuples, j'apprenais à ne rien croire trop fermement de ce qui ne m'avait été persuadé que par l'exemple et par la coutume; et ainsi je me délivrais peu à peu de beaucoup d'erreurs, qui peuvent offusquer notre lumière naturelle, et nous rendre moins capables d'entendre raison (2).

Profunda insatisfacción de la inteligencia cartesiana, que se mantiene, mientras tanto, exterior a las cosas, sin comprender su unidad esencial, atendiendo apenas a la diversidad de costumbres, que ya lo había impresionado desde la antinomia de las lenguas. La luz natural de la razón, "notre lumière naturelle", va de a poco publicando su dominación, cada vez más celosa de su puridad.

La tercera y última etapa preparatoria de la grande duda cartesiana, ésa en que embiste contra las tinieblas infantiles, está pronta a explotar.

Mais après que j'eus employé quelques années à étudier ainsi dans le livre du monde et à tâcher d'acquérir quelque expérience, je pris un jour résolution d'étudier aussi en moi-même et d'employer toutes les forces de mon esprit à choisir les chemins que je devais suivre. Ce qui me réussit beaucoup mieux, ce me semble, que si je ne fusse jamais éloigné, ni de mon pays, ni de mes livres (3).

La segunda parte del *Discours de la Méthode* refiere los resultados de ese a solas con la razón natural.

Conclusión:

La grande duda cartesiana, instaurada en el comienzo de la filosofía como método necesario para alcanzar la verdad, es personalísima, como toda la filosofía cartesiana. Descartes, el filósofo del desierto, no se repite.

(1) *Discours* . . . ; ed. cit., p. 10. 1. 12.

(2) *Discours* . . . ; ed. cit., p. 10, 1. 16.

(3) *Discours* . . . ; ed. cit., p. 10, 1. 26.

Descartes no es un escéptico; pero su duda metódica no es libre. La duda es sobre todo el caso Descartes: una duda profunda, pertinaz, tentacular. Duda real, al servicio de la razón. Sigue un proceso psicológico, en el que se pueden distinguir tres fases bien distintas que conducen todas a un aislamiento cada vez mayor de la razón individual, siempre consciente de sus fuerzas:

1ª La fase de las antinomias, negativa, en la que se rompe con el pasado.

2ª La fase del gran libro del mundo, también negativa, en la que se rompe con el presente.

3ª La fase del soliloquio racional, constructiva, en que la duda recibe las iluminaciones de la naturaleza personal reconquistada.

La duda metódica resulta necesariamente de ese proceso trifásico, todo él dubitativo.

En el mar de la duda, Descartes tiene la certeza de un Colón. La certeza y la grandeza. Porque es un admirable espíritu ése que levantó tempestades de dudas, a fin de construir la ciudad de la certeza.

GABRIEL MUNHOZ DA ROCHA